

AUTORIDAD Y POLÍTICA EN TIEMPOS DEL POPULISMO PROGRESISTA

SILVIO JUAN MARESCA

La declinación de la autoridad en el horizonte de la muerte de Dios

La declinación de la autoridad en las sociedades de tradición occidental es hoy un secreto a voces. Suficiente mencionar a psicólogos y educadores: ellos conocen bien el tema, con el que deben convivir cotidianamente. El desdibujamiento de la función del padre desconcierta e interroga a los psicoanalistas, mientras maestros y profesores encuentran grandes dificultades para ejercer dignamente su rol.

La práctica política no constituye una excepción. El hombre político, objeto alguna vez de respeto y elevada consideración, se ve hoy convertido en oferente ansioso de una mercancía de dudosa calidad, en medio del desdén generalizado de una población poco dispuesta a conferir algún atisbo de autoridad a quienes desempeñan tan triste papel. Los partidos -instrumentos estratégicos en la construcción de la autoridad política- han desaparecido de escena. Ocupa su lugar un dispositivo complejo formado por publicistas, expertos en marketing, periodistas, encuestadores y expertos en opinión pública, dispuestos a brindar sus servicios al mejor postor. Las instituciones políticas de la Nación no gozan de prestigio alguno y son incapaces de conferir autoridad a sus miembros.

En términos muy generales, el fenómeno de la declinación de la autoridad es efecto de lo que Federico Nietzsche supo condensar precursora y certeramente en la fórmula de la muerte de Dios, sobre la que se ha especulado tanto y entendido tan poco. Concebida durante mucho tiempo como una declaración de ateísmo militante -¿quién se molestaría hoy en combatir contra Dios?-, no se atinó a ver en ella lo que estremeció a su autor, sumiéndolo por momentos en la desesperación más honda: la devaluación de los valores supremos que dieron vida y sostuvieron a la civilización occidental durante 1500 años. Se trata de lo que el pensamiento medieval -inspirándose en la antigüedad clásica- llamó los trascendentales, a saber, Unidad, Verdad, Bien, Belleza. "Dios ha muerto" -acontecimiento de larga duración- significa que esos valores ya no valen.

¿Cómo debemos comprender la devaluación de un valor? Conviene ser aquí especialmente cuidadosos. Pues la metáfora ontológica -en verdad, física- que de manera inmediata se nos impone es en el fondo completamente inadecuada. La devaluación de un valor no estriba en su destrucción, en su simple desaparición. Por lo regular, el valor devaluado continúa existiendo, permanece en el horizonte de comprensión y hasta en una suerte de inflación lingüística es frecuentemente invocado, pero ha perdido lo que le es

más propio: valer. No ser, sino valer. Ya no vale, esto es, se revela incapaz de galvanizar las energías vitales para orientarlas según sus dictados. Pierde su poder de ordenar, en el doble sentido de establecer una disposición de las cosas entre sí y de mandar.

Habitualmente, los valores se objetivan en instituciones de las que emana la autoridad. Un proceso de devaluación de los valores supremos -y, en consecuencia, de los que les dependen- arrastra consigo a las instituciones, les quita legitimidad. Así queda erosionado cualquier principio de autoridad. Autoritarismo y anarquía son dos actitudes complementarias que florecen en el desierto del nihilismo, nombre del horizonte vital que se abre tras la muerte de Dios.

El interregno totalitario

El siglo XX vio surgir los sistemas políticos totalitarios como intentos psicóticos de restituir un mundo que se hundía. La ideología -de cuyo concepto se hace actualmente un uso abusivo, al identificarlo con el de cultura-, la ideología, digo, pretendió sustituir con ventaja la constelación de valores religiosos, morales, metafísicos, científicos y estéticos que había perdido vigencia. En ocasiones, utilicé el concepto psicoanalítico -freudiano- de renegación para explicar el fenómeno del totalitarismo que marcó a fuego el siglo pasado. Lejos de restituir a Dios -o, al menos, retardar su muerte- el totalitarismo, infectado hasta los tuétanos por el virus del nihilismo, dio lugar de la mano de la ideología a las aberraciones más monstruosas. Cuando se mencionan los catorce millones de muertos que arrojó la Primera Guerra Mundial, los setenta de la Segunda, los seis del Holocausto o los cadáveres que sembraron las purgas y los campos de concentración soviéticos -para ni mencionar los horrores de la guerra civil china o la más cercana e incalificable aventura camboyana-, suelen omitirse los millones de heridos e incapacitados, quienes sufrieron traumas psíquicos irreversibles, las incontables familias destrozadas, los padecimientos sin límite de la inmensa mayoría. Demás está decirlo, las víctimas deben ser contadas una por una.

Los sistemas políticos totalitarios reemplazaron la autoridad por el autoritarismo, caricatura siniestra de la autoridad, así como la ideología lo es de las ideas u orientaciones políticas. El autoritarismo es a la ideología lo que la autoridad es a los valores religiosos, morales, metafísicos, científicos, estéticos. No es casual, en este sentido, que los estudios sobre el autoritarismo - E. Fromm, T. Adorno, H. Arendt- hayan comenzado al calor de las experiencias totalitarias.

Autoritarismo y anarquía en el populismo progresista

Felizmente, con el nuevo siglo, las experiencias totalitarias extremas parecen haber tocado a su fin en la civilización occidental, aun cuando no falten rebrotes esporádicos ni tentaciones irresistibles en un buen número de mentes enfermizas. De cualquier manera, torpe sería adjudicar unilateralmente el naufragio de los sistemas totalitarios a un triunfo definitivo e in-

contestable del capitalismo, del liberalismo o, incluso, de la democracia. Las cosas son más complejas. Además, el final del totalitarismo no es el final del nihilismo. Éste continúa su marcha impertérrita; al no despuntar nuevos valores o, siquiera, un reciclaje apropiado de los antiguos, las instituciones profundizan su decadencia y la autoridad se esfuma.

No nos extraña pues asistir a la emergencia de nuevas formas de autoritarismo, sin duda más inocuas, pero autoritarismo al fin. Decíamos más arriba que autoritarismo y anarquía son dos actitudes complementarias que florecen en el desierto del nihilismo. Los sistemas totalitarios reprimieron brutalmente las tendencias anárquicas. Una vez desaparecidos, éstas desplegaron toda su potencia maniatada. La política oscila hoy entre los arrestos autoritarios del poder y la creciente anarquía de los gobernados. Es más, en su figura de populismo progresista, promueve autoritariamente la anarquía del conjunto.

Resulta difícil caracterizar lo que denomino “populismo progresista”, actualmente en boga en varios países de nuestro subcontinente, en particular en el nuestro. Se trata de un fenómeno difuso, emparentado con la ideología, pero distante de la lógica férrea y los contornos precisos que distinguen a ésta. Por el contrario, se muestra plagado de contradicciones e inconsistencias y sus bordes son borrosos, irregulares e imprecisos. La promoción de la homosexualidad, del travestismo, de la transexualidad y del aborto y hasta cierta simpatía por los delincuentes, apenas velada, coexiste en el populismo progresista con el rígido higienismo heredado de la vieja tradición socialista: lucha contra el consumo de tabaco, de alcohol, contra el sexo inseguro, la prostitución. Sin embargo, al mismo tiempo, se percibe cierta benevolencia hacia el consumo de drogas tales como la marihuana y la cocaína.

Uno de los ingredientes notorios del populismo progresista suele ser el marxismo residual, es decir, un paquete de convicciones al que no se está dispuesto a renunciar pese al fracaso inapelable de los experimentos realizados en nombre del “socialismo científico”. De todos modos, sería quizá apresurado limitar el populismo progresista a lo que hoy se llama centro-izquierda; por lo menos en cuanto concierne a las políticas culturales -tan importantes en la hora- la centro-derecha se muestra tan populista y progresista como la centro-izquierda.

Lo cierto es que el autoritarismo populista-progresista, en su variante de izquierda, a las claras predominante, ha elaborado su peculiar versión de los derechos humanos, que parece ser por estos días la cúspide de su catecismo social. El hecho integra un proceso más general, consecuencia de la debacle del marxismo: si ayer sus partidarios contraponían a las instituciones y al discurso del liberalismo democrático otras instituciones y otra terminología, hoy exigen de las instituciones y del discurso liberal-democrático -único campo de juego, a la sazón- el cumplimiento, al menos parcial, de sus antiguas pretensiones. Así, por ejemplo, la democracia -concepto esencialmente político- tendría que garantizar el bienestar económico de todos los habitantes, requisito económico ausente en el concepto original, que sólo advierte

acerca del peligro que entraña para esa forma de gobierno -pues eso es la democracia- una excesiva desigualdad económica entre los conciudadanos (y no entre los habitantes con abstracción de su nacionalidad, dicho sea de paso). Así, en Aristóteles y en Rousseau. En medio del aquellarre nihilista el vocabulario político se convierte de esta manera en un galimatías.

Pues bien, los derechos humanos en su versión populista-progresista radican en promover autoritariamente los deseos arbitrarios de cada quien, siempre y cuando se trate de comunidades de goce minoritarias cuyos reclamos sean puntuales, específicos y apolíticos. De todas maneras, el efecto general es la potenciación de la infinitud del deseo, en la que ya Platón cifraba la responsabilidad del desborde del placer y, por ende, la desarmonía del individuo y de la comunidad (Cf. *Filebo*). Promoción del deseo más multiplicidad heteróclita de las satisfacciones -siempre ocasión de nuevos deseos- dan por resultado anarquía ingobernable, lo cual realimenta y refuerza retroactivamente al autoritarismo. Una comunidad anarquizada y desquiciada, fragmentada en comunidades de goce, sólo autoritariamente puede ser a duras penas gobernada. Para colmo de males, esta dinámica se despliega en un contexto en el que la ciencia -huérfana a su vez de autoridad e incluso de dignidad-, asociada con la tecnología, se pone al servicio de los caprichos delirantes de las masas. Al mismo tiempo, el populismo progresista combate implacablemente lo que resta de las instituciones tradicionales: familia, partidos políticos, asociaciones gremiales, Iglesia, fuerzas armadas, etcétera.

La corrupción

Devaluación de los valores, descrédito de las instituciones, autoritarismo y anarquía en lugar de autoridad; la corrupción es corolario obligado. Para decirlo todo de una vez: el nihilismo desencadenado torna inevitable la corrupción, que lo acompaña como la sombra al cuerpo.

Me explico. Si los valores fundantes de una civilización sufren un proceso de devaluación pero, sin ser reemplazados, sin que nuevos valores asomen en el horizonte vital, persisten no obstante como única referencia axiológica, las conductas se apartarán sensiblemente de ellos, retrotrayéndose a menudo a un egoísmo elemental. Sólo en el marco de la vigencia incondicional de algunos valores supremos es posible la sublimación de las pasiones y las conductas humanas.

Todas las épocas de crisis de los valores supremos orientadores de una cultura, de una civilización, son épocas de corrupción, porque ésta, concebida en su esencia, es el desajuste entre los valores y las conductas, inevitable en los períodos de grandes devaluaciones. En una fórmula: valores perimidos + conductas desasidas = corrupción. El cinismo es la postura existencial que se desprende naturalmente de tal desajuste y permite cursar la tensión que implica: mientras se invocan en exceso como motivos de la acción valores que han llegado a ser poco más que palabras huecas, se obra impulsado por fines inconfesables.

Miope es entonces atribuir la corrupción a la maldad intrínseca o a la perversión moral de algunos individuos, sean pocos o muchos. Tanto como apelar a las buenas intenciones y a la rectitud de la conciencia moral a través de discursos edificantes, según acostumbra hacerse. Máxime cuando el dinero, en su condición de equivalente general, reluce como único cobijo ante una existencia que no encuentra ya en los valores ponientes, que apenas emiten una tenue y fría luz crepuscular, sus condiciones de conservación y prosperidad. Así asistimos al espectáculo bochornoso de dirigentes políticos que desgarran sus vestiduras clamando Justicia para los más desprotegidos mientras se enriquecen sin límite al amparo de los cargos públicos, mediante el manejo deshonesto de los fondos, las coimas, los negocios compartidos y una larga lista de ilícitos que sería ocioso consignar aquí.

Como es obvio, nada de lo dicho tiende a justificar la corrupción que nos corroe y anula de antemano cualquier conato de edificar una autoridad política, sino únicamente a prestar oídos a la célebre sentencia de Baruch Spinoza: No burlarse, no lamentarse, no maldecir, sino –simplemente- comprender. El júbilo que se sigue de ello es infinitamente superior y, en el fondo, incomparable, de otra naturaleza, que la alegría que proviene de un azar afortunado. La corrupción es un efecto estructural de las sociedades nihilistas.

La esencia de la política

Ante este panorama, la política debería replantearse radicalmente a fin de rehabilitar su esencia olvidada.¹ El nihilismo, en su ambigüedad, es propicio para tal replanteo pues al disolver los fundamentos que tradicionalmente sometieron a la actividad política, la deja libre para enfrentarse con su peculiaridad más genuina. Ya no más la política sierva de la religión, de la moral, de la metafísica; mucho menos, de la ideología.

¿Qué es la política? Su parentesco con el poder y su ejercicio saltan a la vista. En consecuencia, la primera tarea consiste en encarar con el menor bagaje posible de prejuicios el fenómeno del poder, cosa a la que todavía nos resistimos tenazmente. El poder es tan inherente a la existencia humana como la sexualidad. Pero en lo que concierne al poder, nos encontramos aún a grandes rasgos en una situación análoga a la que se hallaba la sexualidad antes de Freud, mal que le pese a Maquiavelo y a tantos otros sabios eminentes que intentaron investigar sin preconcepciones su naturaleza. Así como la sexualidad se encubrió antaño con la máscara de la procreación, el poder lo hizo bajo el manto del servicio a la comunidad, el bien del prójimo y otros argumentos innumerables, aún corrientes. Mientras imperaban los viejos valores todo ello puede haber sido creído honestamente, no lo niego, pero con el advenimiento del nihilismo las máscaras se descomponen.

¹ Para que nadie -nunca falta alguno- me acuse de “esencialista”, “romántico”, “ahistórico” o, lo que es peor todavía, “reaccionario”, aclaro que utilizo aquí “esencia” en el sentido verbal que emplea Martín Heidegger, al devolver al vocablo “wesen” su condición de verbo, es decir, “esencia” como “esenciar”. Como se verá, ser “esencialista” o, por el contrario, “procesista” -lamento el término-, no son las únicas posibilidades disponibles. Tal vez sea hora de despedirse del pensamiento binario.

La política, el hombre político, no pueden rehusar aquella certera definición de Maquiavelo cuando afirmó que la política consiste en el arte de obtener el poder y conservarlo. La política es, al menos en un aspecto, el ejercicio del poder, cuya autosuficiencia y consiguiente dignidad es razón suficiente para no adosarle justificaciones externas.

Como se verá, no apunto meramente a conservar viejos valores, como podría parecer en algunos tramos de mi discurso. Del nihilismo se sale hacia adelante, nunca hacia atrás.

Pero la política no se agota en el ejercicio del poder. La política -otra creación genial de los griegos- nació cuando los hombres estimaron que practicar la esgrima verbal era mejor que tomar al adversario por el pescuezo. Es decir, cuando la lucha a muerte cedió su lugar a las estrategias discursivas: la retórica, la dialéctica, incluso la erística; lo que implica desde ya el reconocimiento del otro, la admisión de la diferencia, su legitimidad. Si bien es cierto entonces que el conflicto es el subsuelo tenebroso de la política, no lo es menos que ésta se constituye como tal en la decisión de resolverlo y de hacerlo civilizadamente. Sobre el sustrato del conflicto, la política se erige como búsqueda de acuerdos y de consensos, siempre frágiles y transitorios, por supuesto; conciliación transitoria de intereses. La negociación es pues la esencia de la política. La política esencia como negociación; caso contrario, desaparece. Incluso en el caso extremo de derrota absoluta del adversario circunstancial, ello forma parte del juego de las diferencias y exige mantener la vigencia del otro a fin de continuar la partida. En la magnífica síntesis de Plutarco: la política comienza allí donde termina la venganza. En efecto, la venganza -por definición prepolítica, privada- no se detiene hasta lograr la aniquilación del enemigo y, supuesto que éste subsista, prosigue indefinidamente. La venganza no tiene fin. La política en cambio busca preservar al adversario mientras -como es natural- procura aventajarlo. ¿Quién captó mejor la esencia de la política en este sentido que Esquilo, cuando en *Las Euménides* -tercera pieza de la *Orestía*- las Furias, que reclamaban la muerte de Orestes, se someten a Apolo y Atenea y se convierten en lo sucesivo en deidades protectoras de Atenas? Seguro que nadie con tan bella magnificencia.

Por eso es tan erróneo y contraproducente cifrar la esencia de la política en el conflicto, como dictaminan algunos intelectuales neomarxistas que ya no se atreven a predicar abiertamente la lucha de clases. Con el agregado de que la actividad política consistiría entonces básicamente en promover el conflicto; de lo contrario, no hay política. Carl Schmitt dixit. Y no es de extrañar. Como explicó magistralmente Hanna Arendt en su momento -y después de ella muchos otros, entre ellos Ernst Nolte-, la estructura del totalitarismo es una y la misma, poco importa si de “izquierda” o de “derecha”. Lejos de semejante concepción, la política pone en escena el conflicto con la única finalidad de resolverlo civilizadamente, procurando la mayor satisfacción posible de los distintos actores. Sólo dentro de este juego cabe construir una auténtica autoridad política, como la que ejerció Pericles durante los mejores

años de la democracia ateniense. La política no radica en el conflicto sino en el intento de su resolución pacífica.

¿Pretensiones modestas?

En las postrimerías del siglo XIX Federico Nietzsche pronosticó que el nihilismo europeo, heredero de la muerte de Dios, sería nuestro inquietante huésped durante doscientos años. Poco más de cien años después, nos encontraríamos pues a mitad del recorrido, esto es, en el centro del desierto. Hemos llegado demasiado tarde para los dioses y demasiado temprano para el ser, proclama Heidegger, reiterando la visión nietzscheana con su propia terminología.

Lo que más admiraba Nietzsche tanto en los primeros filósofos griegos como en otros hombres insignes de la antigüedad, no eran precisamente sus doctrinas o dichos sino la coherencia entre sus palabras y sus obras, entre sus convicciones y su forma de llevar la vida. En una palabra, su integridad. Así, leyenda o no, a la hora señalada Empédocles se sumergió en el vientre del Etna, Sócrates bebió serenamente su cicuta.

Mientras atravesamos el desierto quizá no nos sea lícito exigir a nuestros cultores de la política nada más -ni nada menos- que esa coherencia entre las palabras y los actos, es decir, integridad, ejemplaridad. Acaso sea el único medio de que disponemos hoy para reconstruir una auténtica autoridad, con toda la potencia benéfica que ello encierra. Resuena en mis oídos la importancia que Aristóteles concede en su ética al frónimos, al hombre prudente, al sabio. Moral sin prescripciones, ajena a malvados imperativos categóricos, si falta esa ejemplaridad el ejercicio de la virtud se vuelve imposible: “la virtud [es] un hábito selectivo que consiste en un término medio relativo a nosotros, determinado por la razón y por aquella por la cual decidiría el hombre prudente” (EN, 1106b 35 – 1107a 2).